

La pasión funesta: el odio en la política

La passion fatale : la haine en politique

The fatal passion: Hate in politics

Zorigaiztoko pasioa: gorrotoa politikan

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA*

Universidad Carlos III de Madrid

Clio & Crimen, n.º 19 (2022), pp. 207–222

Resumen: *El presente artículo trata de exponer los rasgos específicos del odio dentro del elenco fenomenológico de los sentimientos humanos, y calibrar su presencia entre los rasgos caracteriales del fanático y entre las manifestaciones de la violencia política, poniendo a tal fin algunos ejemplos extraídos del proyecto genocida nazi.*

Palabras clave: *Fanatismo. Nazismo. Odio. Política. Violencia.*

Résumé: *Cet article tente d'exposer les spécificités de la haine au sein du catalogue phénoménologique des sentiments humains, et de calibrer sa présence parmi les traits de caractère du fanatique et parmi les manifestations de la violence politique, en mettant à cette fin quelques exemples extraits du projet génocidaire nazi.*

Mots-clés: *Fanaticisme. Nazisme. Haine. Politique. Violence.*

Abstract: *This article tries to expose the specific features of hate within the phenomenological catalogue of human feelings, and to calibrate its presence among the character traits of the fanatic personality and among the manifestations of political violence, putting to this end some examples extracted from the Nazi genocidal project.*

Keywords: *Fanaticism. Nazism. Hate. Politics. Violence.*

Laburpena: *Artikulu honen helburua gorrotoaren ezaugarri espezifikoak aurkeztea da giza-sentimenduen zerrenda fenomenologikoa baitan, bere presentzia kalibratuz fanatikoaren izaerazko ezaugarriei dagokienez eta biolentzia politikoaren ezaugarriei dagokienez ere, horretarako protektu genozida nazitik ateratako adibide batzuk baliatuz.*

Giltza-hitzak: *Fanatismoa. Nazismoa. Gorrotoa. Politika. Biolentzia.*

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Eduardo González Calleja. Universidad Carlos III de Madrid. C/Madrid, 128, Edificio Concepción Arenal, despacho 14.1.09A (28903 Getafe-Madrid). – edgcalle@hum.uc3m.es – <https://orcid.org/0000-0003-1184-4383>

Cómo citar / How to cite: González Calleja, Eduardo (2022). «La pasión funesta: el odio en la política», *Clio & Crimen*, 19, 207-222. (<https://doi.org/10.1387/clio-crimen.24055>).

Recibido/Received: 2022-06-09; Aceptado/Accepted: 2022-06-09.

ISSN 1698-4374 / eISSN 2792-8497 / © 2022 Clio & Crimen (UPV/EHU)



«Coge un lienzo en blanco.
Esboza a grandes trazos las siluetas de hombres, mujeres y niños.
Oscurece en cada rostro cualquier detalle amable.
Borra todo indicio de amor y de esperanza, y los temores que se esconden en todo corazón humano.
Retuerce la sonrisa hasta que forme un rostro de envidia, odio y crueldad.
Exagera cada trazo hasta transformar a cada ser humano en una bestia, un gusano, un insecto.
Rellena todo el fondo con figuras malignas de pesadillas ancestrales – demonios, esbirros del mal.
Cuando hayas rematado el retrato de tu enemigo, podrás matarlo sin asomo de culpa, despedazarlo sin sentir vergüenza alguna.
Lo que destruyas se habrá convertido simplemente en un enemigo de Dios, un obstáculo para la sagrada dialéctica de la historia.»¹

Desde la filosofía griega clásica, el amor es conceptualizado como una fuerza unificadora y constructiva residente en el alma, y el odio como una pasión incontrolada, disociadora y destructiva de la propia personalidad². Muchos novelistas y ensayistas han constatado que el odio transforma a la persona hasta el extremo de dar la impresión de que está hipnotizada o es víctima de algún tipo de hechizo maligno. De hecho, en la literatura popular, el odio se compara a menudo con una especie de maleficio que nubla la conciencia y la voluntad. El odio no reflexiona sobre sí y sobre sus causas. Tampoco se detiene en las barreras de un furor propio del carácter individual, sino que aglutina delirios y rabias singulares en torno a una furia colectiva para hacer de ella un vínculo social³. Aunque se aceptaba su coexistencia con el amor, el odio era la fuerza negativa por excelencia de la conciencia humana, y como tal debía ser erradicado.

Aún hoy, el odio parece reacio a someterse a un análisis sistemático de su origen y manifestaciones. Como dice el historiador Frédéric Chauvaud: «A menudo invocado, da la impresión de estar en el origen de muchas acciones humanas y, sin embargo, a menudo se mantiene a distancia, lejos de los estudios científicos, como si fuera demasiado irracional o como si cualquier intento de examinarlo presentara el riesgo de ser contaminado por ello»⁴. Sin embargo, siguiendo el camino abierto por Sigmund Freud, la psicología demuestra que resulta posible incluir el odio en el campo epistemológico de la historia de las emociones⁵. El propósito de este texto

¹ «To create an Enemy», en Sam Keen, *Faces of the Enemy. Reflections of the Hostile Imagination: The Psychology of Enmity* (San Francisco: Harper & Row, 1986), 13.

² André Laks, André, *El vacío y el odio: elementos para una historia arcaica de la negatividad* (Madrid: Arena Libros, 2009), 37.

³ André Glucksmann, *El discurso del odio* (Madrid: Taurus, 2005), 82.

⁴ Frédéric Chauvaud, *Histoire de la haine. Une passion funeste, 1830-1930* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2014), 15.

⁵ Jérôme Kagan, *What is Emotion? History, Measures, and Meanings* (New Haven: Yale University Press, 2007) y Barbara H Rosenwein, «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in context, International Journal for the History and Theory of Emotions*, n.º 1 (2010): 1-32.

es, precisamente, exponer los rasgos específicos del odio dentro del elenco de los sentimientos humanos, y calibrar su presencia entre los rasgos caracteriales del fanático y entre las manifestaciones de la violencia política, poniendo a tal fin algunos ejemplos extraídos del proyecto genocida nazi.

1. Apuntes para una fenomenología del odio

Los sentimientos o las emociones son una actitud psicológica particular que los objetos y las personas producen en el sujeto cuando este entra en relación con ellos⁶. Desde el punto de vista cognitivo, son ingredientes básicos para la existencia, ya que sirven para adaptarnos a la realidad y para organizarla de forma subjetiva, y no necesariamente racional. Por lo general, las emociones generan actitudes de aceptación o de rechazo del sujeto u objeto hacia los que se dirigen. Las pasiones son «un estado de la vida del hombre que se produce a consecuencia de la persistencia de la emoción que lo engendra [...] La pasión altera el espíritu al extremo de hacerle perder la capacidad de autodeterminarse según la razón»⁷. Las diferencias de las pasiones con respecto de los sentimientos son su intensidad, perdurabilidad y holismo, que pueden derivar en actitudes patológicas incontroladas de orden obsesivo, ya que, a veces, la pasión no cesa con la desaparición del objeto hacia el que se dirige. Por eso, como actitud extremadamente pasional, el odio es duradero, y potencialmente imperecedero, puesto que se puede transmitir a las siguientes generaciones: Capuletos y Montescos, Hatfields y McCoys, hutus y tutsis, judíos y palestinos, católicos y protestantes, hindúes y musulmanes...

Willard Gaylin define el odio como una emoción intensa e irracional, un desorden en la percepción en tanto que engaña al pensamiento y necesita un objeto al cual fijarse⁸. Para el neurólogo y psiquiatra Carlos Castilla del Pino, el odio es «una relación virtual con una persona y con la imagen de esa persona, a la que se desea destruir; por uno mismo, por otros o por circunstancias tales que deriven en la destrucción que se anhela». Es una actitud psicológica marcada por la agresividad, pero también por el miedo, ya que «odiamos a todo objeto que consideramos una amenaza a la integridad de una parte decisiva de vuestra identidad, es decir, de nuestra estructura como sujeto»⁹. Charles Darwin reconoció que el odio tiene componentes más complejos que emociones como el miedo, el disgusto, la ira, la alegría o la tristeza; no muestra una forma de expresión característica, ni va siempre acompañado de la ira o la agresión. El odio puede expresarse mediante la cólera, la

⁶ Carlos Castilla del Pino, «Odiar, odiarse: el trabajo del odio», en *El odio* ed. Carlos Castilla del Pino (Barcelona: Tusquets, 2002), 11-36, en especial 12.

⁷ Enrique Salgado, *Radiografía del odio* (Madrid: Guadarrama, 1969), 50-51.

⁸ Willard Gaylin, *Hatred: The Psychological Descent into Violence* (Nueva York: Public Affairs, 2003).

⁹ Castilla del Pino, «Odiar, odiarse», 25-27. Un intento de explicación del odio desde la perspectiva de la neurofisiología (amígdala y estructuras límbicas relacionadas), en Rush W. J. Dozier, *¿Por qué odiamos? Un método para comprender, refrenar y eliminar el odio* (Madrid: McGraw-Hill, Interamericana de España, 2003), 5-10.

rabia, el desprecio, la burla, el disgusto, la evitación, la indignación, el silencio... o la violencia.

Desde un punto de vista evolutivo, el odio ha sido caracterizado como la forma más intensa y duradera de la hostilidad y la agresividad primitivas, que sirve para atacar o evitar aquellas cosas que percibimos como una amenaza para nuestra supervivencia o nuestra reproducción, que son las directrices principales de la evolución¹⁰. Rush Dozier señala que el odio es una especie de fobia que en tiempos remotos ayudaba a los hombres a evitar situaciones peligrosas, y por eso estaba vinculado al instinto de supervivencia¹¹. Para el filósofo húngaro Aurel Kolnai, el odio, como el asco o la soberbia, son respuestas de defensa o de rechazo frente a un entorno percibido como hostil. Odiamos aquello que nos amenaza, nos perjudica o entorpece nuestro camino en la vida. De ahí la profundidad y la centralidad del odio, que afecta y representa al ser entero¹².

El odio implica un extremo potencial de agresividad que se sitúa de forma especular frente a otra forma de miedo: la fobia. Pero mientras que esta se combate con la huida o la defensa, el odio presupone de forma implícita el desencadenamiento de un ataque de algún tipo: físico, verbal, o de otra naturaleza. Sin embargo, no odiamos todo lo que constituye una amenaza para nuestra integridad física o mental. A veces, el alejamiento es una función adaptativa frente a un peligro no usual, por ejemplo, un ataque repentino procedente de fuera del propio grupo.

El odio nace de la íntima relación con lo odiado. Por lo general, aborrecemos aquello que pertenece a nuestro mundo, con lo que hemos de convivir bajo una amenaza constante, y que deseamos fervientemente desalojar de nuestra vida. Por eso, algunas de las formas más violentas de odio se producen cuando los grupos que compiten se ven atrapados en un mismo espacio físico, como son los notorios casos geopolíticos de Oriente Medio, Irlanda del Norte, los Balcanes o la India. Aunque la fobia subyacente se puede combatir mediante un alejamiento que deriva poco a poco en desapasionamiento e indiferencia, si no se logra ese distanciamiento, el odio va in crescendo, acumulando agravios reales o imaginarios que pueden derivar en un estallido de hostilidad. Sin embargo, no se puede asegurar que la desaparición física de lo percibido como amenaza sea el objetivo paradigmático del odio, aunque este tenga una inconfundible intencionalidad destructiva (del estatus, del honor, de la dignidad, etc.). Además, el odio no solo se dirige contra personas concretas, sino contra colectivos o poderes impersonales: religiones, ideologías, etnias, naciones, gobiernos, etc. La gran paradoja del odio es que resulta más visible cuando lo vemos como forma de ser del sujeto (odios personales), antes que como un sistema de objetos que merecen ser, en sí mismo, odiados¹³.

¹⁰ Dozier, *¿Por qué odiamos?*, 14.

¹¹ Dozier, *¿Por qué odiamos?*, 19.

¹² Aurel Kolnai, *Asco, soberbia, odio: fenomenología de los sentimientos hostiles* (Madrid: Encuentro, 2013), 145-146.

¹³ Carlos Thiebaut, «Un odio que siempre nos acompañará...», en *Odio, violencia, emancipación*, Manuel Cruz (coord.) (Barcelona: GEDISA, 2007), 41.

El odio es uno de los sentimientos más antiguos del ser humano. Para Freud, el odio es un estado del ego que busca realizarse en la destrucción de la fuente de su infelicidad: «El odio, como relación con el objeto, es más viejo que el amor. Surge del rechazo primigenio del mundo exterior como fuente de excitaciones por parte del yo narcisista»¹⁴. El odio es consecuencia de un estado emocional más elemental, frecuente y volátil: la ira o la cólera, que a veces se desata sobre objetos o personas ajenas a los motivos que la provocan. La ira es un impulso de anulación derivado del instinto de muerte, que puede adoptar dos formas externas agresivas: hacia el exterior (homicidio) y hacia el interior (suicidio). Los accesos de ira son fugaces, pero si se racionalizan se transforman en cólera y si se enquistan, se convierten en odio¹⁵. Al principio quien odia ve paralizada su actuación por algo que detiene o perturba la descarga de su ira. Esta se concentra y la relación mutua se encona progresivamente. De ahí que se hable de ella como de «pasión amordazada».

El odio no es solo un legado caracterial del pasado más remoto, una supervivencia de comportamientos arcaicos que aún afecta la psique de los seres humanos. Para el psicoanálisis, modifica las percepciones de los individuos, reconstruye las relaciones con los demás y expresa el «malestar en la cultura»¹⁶. El odio no siempre es negativo —un sentimiento bajo y primitivo, la «pasión funesta» por excelencia—, sino un sentimiento social que ayuda a hacer inteligible el mundo que nos rodea: la pareja, la familia, los vecinos, el pueblo, el barrio o la nación¹⁷.

Tampoco es una pasión única o unívoca. Según las interpretaciones, se puede dar el odio por envidia, el odio por rabia, incluso el odio por amor¹⁸. Para Véronique Nahoum-Grappe, el odio se puede dividir en dos configuraciones principales: por un lado, el «odio trágico» que se fusiona con el deseo de venganza contra un enemigo identificado e identificable; por otro, el «odio político» que no apunta a un enemigo en particular, sino a un adversario «multiplicado» que se desea aniquilar lo antes posible¹⁹. Según Kolnai, «los casos más típicos y significativos de odio los encontramos allí donde hay una «situación de enemistad objetiva», una rivalidad condicionada al mismo tiempo de modo objetivo y personal dentro de un círculo de relaciones más o menos delimitado»²⁰. Por ejemplo, el contrincante político, laboral o institucional. Pero ni la simple rivalidad ni el mero desagrado implican necesariamente odio.

¹⁴ «Triebe und Tribschicksale» («Pulsiones y destinos de la pulsión», 1915), en Freud, *Obras completas* (Buenos Aires: Amorrortu 2001), XIV, 133 y *Pulsions et destins des pulsions* (París: Payot 2012), 101.

¹⁵ Enrique Salgado, *Radiografía del odio* (Madrid: Guadarrama, 1969), 79.

¹⁶ Chauvaud, *Histoire de la haine*, 17.

¹⁷ Chauvaud, *Histoire de la haine*, 18.

¹⁸ Philippe Ivernel, «Préface» a Günther Anders, *La haine* (París: Payot-Rivages, 2009), 10.

¹⁹ Véronique Nahoum-Grappe, *Du rêve de vengeance à la haine politique* (París: Buchet-Chastel, 2003). Véase también Olivier Le Cour Grandmaison, *Haine(s): philosophie et politique* (París: Presses Universitaires de France, 2002), 3-25.

²⁰ Aurel Kolnai, *Asco, soberbia, odio: fenomenología de los sentimientos hostiles* (Madrid: Encuentro, 2013), 159.

El odio tiende a nacer de relaciones competitivas de carácter más o menos equilibrado y simétrico. Aunque el odio fabrica y simplifica su objetivo como el otro inasimilable, peligroso o inferior, no se suele odiar a quien o a lo que se considera un contratiempo menor, ya que si estorba se le puede anular. Si la persona ofensora es insignificante, se puede experimentar simplemente desdén, desprecio, o incluso crueldad. Esta última puede definirse como un daño aplicado de forma gratuita, sin mediación de sentimientos previos de hostilidad. De ahí las afirmaciones de que «el odio sucumbe ante la crueldad»²¹ y que «el furor se desahoga sobre quien aparece como indefenso»²². Entre iguales, el sentimiento hostil más frecuente es la envidia: se envidia porque se desearía poseer un bien material o simbólico que el otro posee, pero el odiado no tiene por qué poseer un bien parecido. Se puede odiar sin envidiar a otra persona, porque se odia por el mal, supuesto o real, que nos hace²³.

El odio tiende a desaparecer en circunstancias de marcado desequilibrio relacional. Se odia a quien o a lo que supone una amenaza relativamente próxima a nuestra comunidad. Pero si se trata de alguien o algo muy poderoso, el odio puede convertirse en temor, terror y/o sumisión.

Un requisito caracterial previo del odiador es su predisposición personal a la infelicidad: «Nadie feliz, satisfecho de sí —observaba Castilla del Pino—, puede odiar, como nadie que se sienta seguro puede sentir miedo»²⁴. Odiar significa despreciarnos a nosotros mismos, pero hay mecanismos de autoprotección frente a este sentimiento de inferioridad: antes de considerarse inferiores, los grupos arianistas alemanes construyeron una historia paranoica del enemigo de tipo conspirativo, en la que el odio no se cimentaba en la presunta superioridad intelectual o biológica del judío, sino en su presunta intencionalidad destructiva de la cultura germana mediante todo tipo de maniobras arteras.

El odio aparece vinculado a cualquier teoría del mal, ya que se halla estrechamente vinculado con la exclusión moral, y responde a juicios morales. Para Ervin Staub, el odio es una concepción negativa del objeto odiado, combinada con sentimientos intensos hacia dicho objeto. Las emociones relacionadas con el odio son el rechazo, la ira, el miedo y la hostilidad, y las condiciones para su desarrollo pueden ser: las fronteras (étnicas, religiosas, políticas, nacionales, de clase, etc.) interpuestas entre grupos que fomentan la percepción negativa y excluyente basada en estereotipos; las ideologías destructivas (racismo, antisemitismo), o las interpretaciones morales de un pasado traumático que no logra superarse (por ejemplo, en el caso de Israel)²⁵. Staub sugiere que los perpetradores de violencias dictadas por el odio tienden a pensar en términos de un «mundo justo» que se encuentra amenazado por las

²¹ José Enrique Coca, *El odio* (Madrid: el autor, 2005), 12.

²² Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* (Madrid: Trotta, 1994), 216.

²³ «Introducción» a Carlos Castilla del Pino (ed.), *El odio*, 9.

²⁴ Carlos Castilla del Pino (ed.), *El odio*, 35.

²⁵ Ervin Staub, «The Origins of Evolution of Hate, with Notes on Prevention», en *The Psychology of Hate*, Robert J. Sternberg (comp.) (Washington: American Psychological Association, 2005), 51-66.

acciones, las intenciones o el carácter de un grupo externo intrínsecamente malo²⁶. Se odia al enemigo porque es malvado en toda circunstancia. Baumeister caracteriza este «mito del mal» como una conducta invariable en el tiempo, guiada por el deseo de hacer daño intencionado a un víctima siempre buena e inocente, y causar caos, guerra e inestabilidad en la sociedad²⁷. Entre las teorías del mal, algunos autores han destacado la importancia de las variables situacionales (la banalidad del mal de Hannah Arendt, los experimentos sobre los límites de la obediencia de Stanley Milgram o el imperativo moral de Robert Zajonc²⁸). que pueden impeler a todo tipo de asesinatos en masa difuminado de la responsabilidad individual (anonimato), arguyendo la obligación moral de actuar de un modo determinado (obediencia a la autoridad superior) o simplemente deshumanizado a las víctimas. Hay factores que alimentan el odio: la presión social a actuar de determinada manera, el razonamiento emocional, el miedo a perder la propia vida si se desobedece una orden, o las falsas creencias implantadas por líderes cínicos²⁹.

El odio no es un sentimiento que se manifieste repentina o espontáneamente, sino que, como podemos constatar en el poema del filósofo norteamericano Sam Keen que abre el presente trabajo, se define, construye, cultiva, depura y difunde. De ahí que se hable de él como un mal «meditativo» o un mal «solidificado»³⁰. Puede haber un odio espontáneo (cuando responde a la aparición de una amenaza objetiva y visible), pero también hay un odio inducido a través del aprendizaje, y que acaba por constituir una comunidad de odio (como el Ku Klux Klan) que asume todas las tareas arriba indicadas. El odio requiere para su difusión de unos moldes ideológicos previos, un lenguaje ambiguo utilizado para humillar y excluir³¹, y la dramatización y difusión de imágenes estereotipadas del presunto enemigo a través de la culpabilización (los judíos como traidores a Alemania en la Gran Guerra y la posguerra) y su conversión en chivo expiatorio sobre el que se puede establecer todo tipo de conexiones perversas de tipo conspiranoico, como su participación destacada en el mito de la «puñalada por la espalda» (Dolchstoßlegende) urdido por el nacionalismo alemán para achacar la derrota a la revolución de noviembre de 1918. Con tal propósito, las comunidades de odio asocian a determinados individuos o grupos con caracterizaciones denigrantes: vagos, parásitos, hipócritas, enfermos, pervertidos, infieles, degenerados, asociales, antipatriotas, traidores, sucios, terroristas, separatistas, etc. Repetidas constantemente, estas prácticas de resignificación que llevan a la estigmatización se convierten en supuestas certezas

²⁶ Ervin Staub, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and other Group Violence* (New York: Cambridge University Press, 1989).

²⁷ Roy F. Baumeister, *Evil: Inside Human Cruelty and Violence* (Nueva York: Freeman, 1996).

²⁸ Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (Barcelona: Lumen, 1967); Stanley Milgram, *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1980); y Robert B. Zajonc, *Massacres: Mass Murder in the Name of Moral Imperatives* (manuscrito, Stanford University, 2000), cit. en Robert J. Sternberg, y Karin Stenberg, *La naturaleza del odio* (Barcelona: Paidós, 2010), 40.

²⁹ Robert J. Sternberg, y Karin Stenberg, *La naturaleza del odio*, 12.

³⁰ Coca, *El odio*, 9 y 11.

³¹ Véanse Jean-Pierre Faye, *Los lenguajes totalitarios* (Madrid: Taurus, 1974) y Víctor Kemplerer, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo* (Barcelona: Minúscula, 2001).

que se van asentando en forma de representaciones divulgadas por los medios de comunicación y de propaganda. Los Sternberg señalan que el odio a veces no es el origen, sino el resultado de intenciones malvadas que son espoleadas por la propaganda.

2. Una taxonomía del odio y otras pasiones negativas

Los Sternberg piensan que el odio tiene tres componentes: la negación de la intimidad (necesidad de distanciamiento con la persona odiada), la pasión (miedo e ira intensos en respuesta a lo que se percibe como una amenaza) y el compromiso (actos cognitivos de devaluación y disminución de grupo odiado mediante el desprecio)³². Combinando estos factores, elaboran una compleja tipología del odio:

- Odio distante (desagrado: simple rechazo de negación de la intimidad).
- Odio caliente (furia/miedo debido a la pasión).
- Odio frío (devaluación/disminución del componente de decisión/compromiso).
- Odio hirviente (revulsión: rechazo de negación de intimidad + furia/miedo de pasión).
- Odio humeante (aborrecimiento: desagrado de negación de intimidad + devaluación/disminución de la decisión/compromiso).
- Odio rebullente (vilipendio: furia/miedo pasional + devaluación/disminución de la decisión/compromiso).
- Odio quemador (necesidad de aniquilación: desagrado de negación de intimidad + furia/miedo pasional + devaluación/disminución del compromiso)³³.

El poder destructivo del odio procede de su combinación de prejuicios (los estereotipos), sentimientos (la ira) y actos (la agresión) de naturaleza primitiva. Sin embargo, es una emoción muy duradera: la mayoría de los psicólogos distinguen la ira, intensa pero efímera, del odio que, si bien puede ser discontinuo, tiene visos de perdurabilidad. A diferencia del odio, que solo percibe estereotipos, la ira puede ser selectiva (por ejemplo, cuando nos enfadamos con un hijo de forma pasajera) y ha sido un ingrediente de cambio en el mundo, por ejemplo, en los estallidos revolucionarios. Sin embargo, el odio acostumbra a aparecer agazapado, y solo se desmascara cuando se inocula en una amplia base social.

El odio es una respuesta, no necesariamente violenta, a un agravio moral o a una amenaza física o psicológica, ya sea en estado latente o manifiesto. En función

³² Robert J. Sternberg, «A Duplex Theory of Hate; Development and Application to Terrorism, Massacres, and Genocide», *Review of General Psychology*, vol. 7, n.º 3 (2003): 299-328 y Robert J. Sternberg, y Karin Stenberg, *La naturaleza del odio*, 82-97.

³³ Robert J. Sternberg, y Karin Stenberg, *La naturaleza del odio*, 99-103.

de su perdurabilidad y su nivel o grado de reactividad, se puede ensayar una taxonomía de las pasiones extremas que encierran un potencial agresivo:

Pasiones negativas

Sentimientos	Proactivos/Manifiestos	Reactivos/Latentes
Súbitos/Espontáneos	Ira/Cólera	Fobia/Desagrado
Duraderos/Premeditados	Odio/Aborrecimiento	Rencor/Resentimiento

3. Odio y fanatismo

Odiar requiere cultivar y atesorar certezas absolutas. De ahí su relación con formas de actuación inmaduras y primitivas como el fanatismo (que puede definirse como una actitud basada en opiniones dogmáticas y supersticiosas que incita al odio y lo justifica) y la intolerancia, que implica la hostilidad y el desprecio al otro por el mero hecho de ser, pensar o actuar de forma diferente. Erich Fromm distinguió el odio reactivo o racional contra algo o contra alguien que amenaza tu propia vida, libertad o ideas, y el odio irracional condicionado por su arraigo en el carácter de la persona (fanatismo)³⁴. Los estudios sobre la «mente cerrada» exponen las características del pensamiento inflexible (especialmente la rigidez a la hora de resolver problemas) y la comprensión reducida de los temas de vital interés que caracterizan a los fanáticos. Una persona muy comprometida con una creencia política o religiosa tiende a hacer juicios de valor precipitados, mostrar desagrado e incomodidad hacia situaciones ambiguas y deformar los recuerdos de hechos significativos. También reifica o sacraliza las diferencias entre creyentes y no creyentes y desecha a los que no encajan en su visión particular del mundo. Según Carolyn Emcke, los principales ingredientes del pensamiento fanatizado son:

- Prejuicio: aceptación acrítica de la visión sesgada y negativa que el propio grupo tiene de sus presuntos adversarios³⁵.
- Egocentrismo: las personas fanáticas suelen creer que sus derechos y razones son más importantes que los de los demás (ejs.: Lebensraum, primacía colonialista, integrista religioso, supremacismo racial, etc.).
- Antagonismo simplificador: predominio de un pensamiento dicotómico que se basa en la división, típicamente religiosa, del universo moral en las categorías absolutas del bien y el mal. El fanático solo contempla dos alternativas que son totalmente opuestas y excluyentes, y a menudo consideran a sus víctimas como criminales y a los agresores como salvadores (Yihad o Cruzada).

³⁴ Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993).

³⁵ Aaron T. Beck, *Prisioneros del odio: las bases de la ira, la hostilidad y la violencia* (Barcelona: Paidós Ibérica, 2003), 248.

El odio es una fuerza que no se presta a sutilezas, ya que una mayor precisión sobre el objeto de su inquina traería consigo la diferenciación que reconoce a cada persona como un ser humano. El odio simplifica la realidad en una visión maniquea y excluyente, lejos de la flexibilidad, complejidad y reflexividad que caracteriza a los comportamientos cívicos en las sociedades actuales.

—Idealización: defensa de la existencia de un colectivo homogéneo, original y puro, que, en su opinión, ofrece mayor protección y estabilidad. Por contra, una sociedad plural pondría en peligro la cohesión y socavaría la tradición que tanto estiman los fanáticos de tendencia reaccionaria³⁶.

Gordon W. Allport destacó la importancia del prejuicio en el desarrollo del odio según diversos niveles de acción: la antilocución (que implica exponer las opiniones prejuiciosas únicamente con quienes las comparten), la evitación (no expresar las propias ideas en espacios donde predomina la libre expresión), la discriminación (privación de derechos políticos y restricción de oportunidades para los individuos o colectivos que son señalados por un prejuicio negativo), el ataque físico y el exterminio. El odio puede darse en cualquiera de estos niveles de acción prejuiciosa, pero es más probable que ocurra en los casos más extremos³⁷.

4. Odio y violencia

La violencia es una de las manifestaciones posibles del odio. El etólogo Konrad Lorenz hablaba de un instinto agresivo innato, que el odio aprovecha para obtener la completa destrucción del objetivo, pero este conocido científico no tomó en consideración los procesos cognitivos característicos del comportamiento humano, y tampoco explicó de forma plausible la movilización social de estas pasiones³⁸.

Como el odio, la violencia colectiva es algo que se incuba, se organiza, se dirige y se aplica. Hay varios caminos que conducen al comportamiento destructivo: como hemos visto, la violencia fría, calculada y premeditada vinculada con la crueldad no requiere necesariamente un estado previo de animosidad hacia la víctima, pero la violencia reactiva y candente se caracteriza por la inculcación de un sentimiento de odio hacia el enemigo a través de procesos de homogeneización, en los que es despojado de sus características individuales (por ejemplo, el «eterno judío»), es deshumanizado (como infrahombres, ratas, plaga...) y por último demonizado como el mal absoluto que debe ser erradicado. Estas tres estrategias de manipulación de la imagen del enemigo implican una ausencia de empatía hacia un rival que es despojado sistemáticamente de su identidad individual³⁹.

³⁶ Carolin Emcke, *Contra el odio* (Madrid: Taurus, 2017), 13-14.

³⁷ Gordon W. Allport, *La naturaleza del prejuicio* (Buenos Aires: EUDEBA, 1963).

³⁸ Konrad Lorenz, *Sobre la agresión: el pretendido mal* (Madrid: Siglo XXI, 1985).

³⁹ Beck, *Prisioneros del odio*, 42-44. Sobre los procesos de deshumanización y demonización, véase Daniel Jonah Goldhagen, *Peor que la guerra: genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad* (Madrid: Taurus, 2010), 345-357.

La accesibilidad al sujeto u objeto odiado facilita la perpetración de la violencia. Roger V. Gould asevera que la violencia interpersonal tiende a darse con mayor frecuencia en los enfrentamientos marcados por la existencia de relaciones relativamente simétricas (entre amigos o iguales), en las que existe una cierta ambigüedad entre los actores en relación con su rango social, y esta resulta menos usual entre personas jerarquizadas en función de su estatus, que libran conflictos sustantivos de poder. El conflicto se encona cuando alguno de los actores aspira a obtener superioridad o dominio sobre el otro, incluso si no existe una razón de peso para ello. Los enfrentamientos se hacen más frecuentes en circunstancias que incrementan la ambigüedad respecto al rango relativo, cuando cambian las relaciones entre los actores o cuando las definiciones conflictuales sobre la base legítima del status social se están transformando. El actor racional puede responder agresivamente para proteger su supuesto estatus⁴⁰. La mayor parte de esta violencia por estatus se da entre gente que se conoce, pero la hostilidad (odio) también se puede dirigir a colectivos más generales (por ejemplo, no contra el judío particular, sino contra la comunidad o la raza judía en su conjunto). Parece comprobado que las disputas entre individuos cercanos tienden a agravarse en momentos de cambio o de transformación política acelerada, cuando se quiebran los apoyos sociales y culturales a los sistemas de estatus que organizan la expresión de la diferencia en las relaciones interpersonales.

5. Sobre el odio en la política

Aunque hay odios prototípicos de duración milenaria, como los dirigidos contra las mujeres o los judíos⁴¹, no cabe duda de que el odio se ha convertido en uno de los elementos centrales de la vida pública contemporánea. Si a fines del siglo XVIII seguían presentes el odio inveterado a la tiranía y al despotismo, con el derrumbamiento del Antiguo Régimen la inquina colectiva fue dirigida contra los «enemigos de la Revolución» o de la contrarrevolución. En su estudio sobre la historia del odio en Francia entre 1830 y 1930, Frédéric Chauvaud afirma que, a principios del siglo XIX, los odios políticos experimentaron una progresiva dispersión, hasta que, en el último cuarto de la centuria, volvieron a condensarse en el odio de clases y, eventualmente, en el odio racial y cultural del antisemitismo. Este autor asevera que, a medida que se fue consolidando el régimen parlamentario republicano, los dirigentes de la Tercera República francesa fomentaron una visión del pasado y una gran narrativa nacional en las que la razón y el progreso daban sentido a la evolución de la humanidad. Una vez superada la batalla revolucionaria contra el oscurantismo monárquico y los arcaísmos clericales, la República, entendida como quintaesencia de la modernidad ilustrada, debía educar al pueblo soberano y erigir un nuevo consenso político donde no hubiera lugar para el odio. Sin embargo, desde la década de 1880 en adelante, volvieron a aparecer odios masivos dirigidos con-

⁴⁰ Roger V. Gould, *Collision of Wills: How Ambiguity about Social Ranks Breeds Conflict* (Chicago: University of Chicago Press, 2003), 4 y 66.

⁴¹ André Glucksmann, *El discurso del odio* (Madrid: Taurus, 2005), 187.

tra objetivos concretos⁴². Por ejemplo, los trabajadores extranjeros representaban a fin del siglo XIX un tercio de la clase obrera radicada en Francia, pero los vínculos, a veces fraternos, también se pueden tensar y dar paso a una hostilidad silenciosa, incluso a un «odio ordinario»⁴³. De este modo, la xenofobia experimentó una importante intensificación a la par del nacionalismo étnico, que alcanzó su paroxismo durante y tras la Gran Guerra. Después del primer conflicto mundial se produjo un extenso debate sobre la naturaleza de la existencia humana, acompañada de una crisis del universalismo, que fueron el preludio de las grandes atrocidades guiadas por esta pasión aniquiladora: el odio racial nazi condujo al Holocausto, y el odio de clases estalinista al Gulag.

Como señala Chauvaud, «estudiar el odio es comprender cómo pasamos de una escala individual a una escala social»⁴⁴. El odio en la política siempre se encuentra en las cercanías de la guerra civil, y se puede examinar desde cuatro vertientes: «la exclusión del adversario, la política vivida según la relación amigo/enemigo, la cobertura ideológica de la venganza y el cuestionamiento de la legitimidad de la violencia»⁴⁵.

Los individuos, gobiernos y organizaciones de todo tipo que buscan incitar al odio (sobre todo profesionales del odio como demagogos, propagandistas o ideólogos) hacen uso de un puñado de técnicas de eficacia comprobada: una propaganda intensiva y extensiva que llame a la acción (fabricación de historias de odio sobre abusos y atrocidades que pueden impeler a la acción), la inoculación del odio en la costumbres sociales (racismo, xenofobia, misoginia, machismo, etc.), el adoctrinamiento en la escuela o la aplicación de incentivos positivos y negativos divisibles (la importancia de obedecer órdenes, la disolución de responsabilidades, recompensas y castigos públicos, etc.). La relación con la ideología resulta evidente: «La disposición colectiva al odio, así como al desprecio [...] no es posible sin las correspondientes ideologías, según las cuales los objetos del odio o del desprecio social representan una fuente de daño, un peligro o una amenaza para la sociedad»⁴⁶.

A ese respecto, es preciso calibrar la importancia de los procesos de radicalización progresiva del pensamiento, prestando atención a las estructuras ideológicas que condicionan y canalizan el odio y los discursos que comienzan legitimando la violencia para luego ensalzarla, especialmente los de estructura palingenésica: los que vaticinan la liberación de la degradación a que está siendo sometida la comunidad hasta alcanzar la utopía de la bienaventuranza eterna (reino de Dios en la tierra, Reich de los mil años). Ideólogos nazis como el arquitecto báltico Alfred Rosenberg desarrollaron estas teorías en un sentido pagano en obras como *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* (*El mito del siglo XX*, 1930), que suscitó amplias polémicas en su

⁴² Chauvaud, *Histoire de la haine*, 28 y 41.

⁴³ Chauvaud, *Histoire de la haine*, 149.

⁴⁴ Chauvaud, *Histoire de la haine*, 12.

⁴⁵ Jean-Clément Martin, «“La guerre civile”: une notion explicative en histoire?», *Espaces Temps*, n.º 71-73 (1999), 84-99.

⁴⁶ Christoph Demmerling y Hilge Landweer, *Philosophie der Gefühle* (Stuttgart: Metzler, 2007), 296.

momento por su carácter anticatólico antes que por su evidente antisemitismo. Rosenberg definía la raza como mito, como «la unión inefable de todas las direcciones del yo, del pueblo, de una comunidad simplemente», y oponía al mito germano-alemán creador y heroico el del judaísmo destructivo y parasitario. Como Hitler, Rosenberg eleva la cuestión judía al rango de una utopía pseudorreligiosa, sobrepasando así el terreno puramente político. Tampoco hay que desdeñar la importancia de demagogos populacheros como Julius Streicher, quien desde el periódico *Der Stürmer* (1923-1945) reproducía semana tras semana el slogan del historiador y politólogo ultranacionalista Heinrich von Treitschke: «los judíos son nuestra desgracia», y una innumerable serie de artículos pornográficos sobre presuntos crímenes cometidos por judíos. El antisemitismo popular y el cinismo político queda encarnado de manera ejemplar en Josep Goebbels, jefe de la propaganda del NSDAP para el Reich desde 1926 y director del semanario antisemita berlinés *Der Angriff*. Por contra, el órgano central del partido, el *Völkischer Beobachter* (que contaba con Rosenberg como redactor-jefe), realizó una campaña antisemita más velada y discreta, pero con idéntica eficacia. Cubrieron todas las fases de la construcción social y política del odio: identificación de los enemigos reales o imaginarios que deberían ser sometidos a proyectos de «limpieza» radical (diferenciación entre el rival político a derrotar y el enemigo político a erradicar de la comunidad, comenzando por los apóstatas del propio bando); formación de una imagen diabólica del enemigo existencial que disputa el poder en la misma comunidad política (conspiración judía mundial denunciada por el libelo *Protocolos de los Sabios de Sión*), desarrollo victimista de la autoimagen colectiva, y movilización efectiva del odio a través de estructuras organizativas especializadas (propaganda, sistema represivo) y prácticas eliminatorias como el genocidio. Los implicados en un proceso destructivo, como los burócratas nazis y soviéticos, pueden optar por centrarse en detalles y no ser conscientes de estar participando en una acción inhumana.

Como hemos visto, en la difusión de estos discursos y creencias juegan un papel destacado la deshumanización y la demonización del oponente político, ideológico, racial o religioso. Que esta mentalidad degenera en asesinato depende de la oportunidad y la contingencia, pero también requiere una etapa de aprendizaje. ¿Cómo se opera el tránsito del discurso a la voluntad exterminadora, y de esta al acto eliminatorio real? La deshumanización no es suficiente: hay que enseñar a matar o a humillar. A ese respecto, historiadores como Daniel Jonah Goldhagen han tratado de responder a varias preguntas clave sobre las masacres organizadas en gran escala: por qué empiezan (un liderazgo movilizador del odio, una guerra, los desafíos a la integridad nacional o los conflictos étnicos incrementan la posibilidad de que se exacerbe el sentimiento eliminacionista), cómo se implementan (la acción suele responder a una planificación detallada que es ejecutada por unidades o instituciones especiales, casi siempre militares o militarizadas) o por qué actúan los perpetradores. Goldhagen destruye las falacias autoexculpatorias de la coacción, el sentido del deber, la presión psicológica del entorno o la obediencia a la autoridad en el marco de una mentalidad burocrática, y con profusión de testimonios, demuestra que las matanzas tuvieron una implicación masiva y voluntaria de amplias capas de población.

La inquietante conclusión es que casi cualquier persona resulta idónea para convertirse en verdugo en función de las circunstancias, bien en respuesta a conflictos reales o por adhesión a ideologías políticas o prejuicios asumidos de antemano.

6. Conclusión

Los odios políticos vehiculan el rechazo de tipos específicos de personas. Así se puede constatar en actitudes como la homofobia, la misoginia, el antisemitismo, el anticomunismo, el antiamericanismo o las múltiples caras del racismo. Estos sentimientos se consolidan en el espacio político porque lo odiado se percibe como una amenaza, una fuente de peligro que, a su vez, nos odia. Se puede constatar que las dictaduras de diverso tipo son más eficaces en la difusión del odio que las democracias. De hecho, cuanto más concentrado se halle el poder, más fácil resulta el arraigo del odio⁴⁷. En principio, los sistemas distributivos más eficaces generan menos tensiones y por ende menos odio, pero la democracia no resulta inmune a este tipo de comportamientos, como parece indicar la actual proliferación de «profesionales del odio» en los medios de comunicación (el primer sitio web de odio fue Stormfront.org, creado en 1995 por Don Black, antiguo miembro del KKK), que alientan delitos de odio cada vez más frecuentes.

El odio solo se puede combatir con la observación atenta, la matización constante y el cuestionamiento crítico de uno mismo⁴⁸. Entre los remedios estarían el fomento del pensamiento dialógico (ver las cosas desde la perspectiva de otras personas), del pensamiento dialéctico (comprender que lo que constituye una solución válida o útil a un problema puede cambiar con el tiempo), del pensamiento a largo plazo (para resolver realmente los problemas) y la difusión de valores como la sinceridad, la honestidad, la compasión, la buena voluntad, etc.⁴⁹ En definitiva, la percepción compleja de las cosas, la autocritica y la conciencia cívica pluralista serían los mejores antídotos contra el odio que puede acabar arrasando una comunidad política.

7. Bibliografía citada

- ALLPORT, Gordon W. *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: EUDEBA, 1963.
- ANDERS, Günther. *La haine*. Paris: Payot-Rivages, 2009.
- ARENDT, Hannah. *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen, 1967.
- BAUMEISTER, Roy F. *Evil: Inside Human Cruelty and Violence*. Nueva York: Freeman, 1996.

⁴⁷ Enrique Salgado, *Radiografía del odio* (Madrid: Guadarrama, 1969), 206.

⁴⁸ Carolin Emcke, *Contra el odio* (Madrid: Taurus, 2017), 19.

⁴⁹ Robert. J. Sternberg, y Karin Stenberg, *La naturaleza del odio*, 265-266.

- BECK, Aaron T. *Prisioneros del odio: las bases de la ira, la hostilidad y la violencia*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2003.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos (ed.). *El odio*. Barcelona: Tusquets, 2002.
- CASTORIADIS, Cornelius. «Les racines psychiques et sociales de la haine». En *Figures du pensable*, T. 6. *Les carrefours du labyrinthe*, 221-237 Paris: Éditions du Seuil, 1999.
- CHAUVAUD, Frédéric. *Histoire de la haine. Une passion funeste, 1830-1930*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2014.
- COCA, José Enrique. *El odio*, Madrid: el autor, 2005.
- DEMMLER, Christoph y LANDWEER, Hilge. *Philosophie der Gefühle*. Stuttgart: Metzler, 2007.
- DOZIER, Rush W. J. *¿Por qué odiamos? Un método para comprender, refrenar y eliminar el odio*. Madrid: McGraw-Hill, Interamericana de España, 2003.
- EMCKE, Carolin. *Contra el odio*, Madrid: Taurus, 2017.
- FAYE, Jean-Pierre. *Los lenguajes totalitarios*. Madrid: Taurus, 1974.
- FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001, 25 vols.
- FREUD, Sigmund. *Pulsions et destins des pulsions*. Paris, Payot, 2012.
- FROMM, Erich. *Ética y psicoanálisis*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- GAYLIN, Willard. *Hatred: The Psychological Descent into Violence*. Nueva York: Public Affairs, 2003.
- GLUCKSMANN, André. *El discurso del odio*. Madrid: Taurus, 2005.
- GOLDHAGEN, Daniel Jonah. *Peor que la guerra: genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad*. Madrid: Taurus, 2010.
- GOULD, Roger V. *Collision of Wills: How Ambiguity about Social Ranks Breeds Conflict*. Chicago: University of Chicago Press, 2003.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta, 1994.
- KAGAN, Jérôme. *What is Emotion? History, Measures, and Meanings*. New Haven: Yale University Press, 2007.
- KEEN, Sam. *Faces of the Enemy. Reflections of the Hostile Imagination: The Psychology of Enmity*. San Francisco: Harper & Row, 1986.
- KEMPLERER, Víctor. *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula, 2001.
- KOLNAI, Aurel. *Asco, soberbia, odio: fenomenología de los sentimientos hostiles*. Madrid: Encuentro, 2013.
- LAKS, André. *El vacío y el odio: elementos para una historia arcaica de la negatividad*. Madrid: Arena Libros, 2009.
- LE COUR GRANDMAISON, Olivier. *Haine(s): philosophie et politique*. París: Presses Universitaires de France, 2002.

- LORENZ, Konrad. *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Madrid: Siglo XXI, 1985.
- MARTIN, Jean-Clément. «“La guerre civile”: une notion explicative en histoire?», *Espaces Temps*, n.º 71-73 (1999): 84-99 (reed. en *La Vendée et la Révolution*, 108-133. París: Perrin, 2007).
- MILGRAM, Stanley. *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1980.
- NAHOUM-GRAPPE, Véronique. *Du rêve de vengeance à la haine politique*. París: Buchet-Chastel, 2003.
- ROSENWEIN, Barbara H. «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in context, International Journal for the History and Theory of Emotions*, n.º 1 (2010): 1-32.
- SALGADO, Enrique. *Radiografía del odio*. Madrid: Guadarrama, 1969.
- STAUB, Ervin. *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and other Group Violence*. New York: Cambridge University Press, 1989.
- STAUB, Ervin. «The Origins of Evolution of Hate, with Notes on Prevention». En, *The Psychology of Hate*, Robert J. Sternberg (comp.), 51-66. Washington: American Psychological Association, 2005.
- STERNBERG, Robert J. «A Duplex Theory of Hate; Development and Application to Terrorism, Massacres, and Genocide», *Review of General Psychology*, vol. 7, n.º 3 (2003): 299-328.
- STERNBERG, Robert. J. y STENBERG, Karin. *La naturaleza del odio*. Barcelona: Paidós, 2010.
- THIEBAUT, Carlos. «Un odio que siempre nos acompañará...». En *Odio, violencia, emancipación*, Manuel CRUZ (coord.), 29-50. Barcelona: GEDISA, 2007.